



Víctor López Cotelo y Carlos Puente

Se ofrecen a continuación cuatro últimas realizaciones del estudio de Víctor López Cotelo y Carlos Puente, arquitectos con una trayectoria ya bien consolidada, que presenta una coherencia quizás hoy no demasiado frecuente en nuestro medio profesional.

Por esta seriedad que sostiene su arquitectura adquiere una riqueza especial gracias a la sensibilidad con que está tratada. Una sensibilidad refinada que se cuele por los entresijos del proyecto y asoma en el cuidado con que se resuelven cada uno de los aspectos formales y compositivos.

En el Ayuntamiento de Valdelaguna, la clave del proyecto va a estar en la división del volumen edificado en dos cuerpos, decisión que posibilita la adecuación de sus dimensiones a las de las construcciones colindantes, eludiendo cualquier tentación de imponer su presencia sobre un medio urbano desigual y poco propicio.

Para conseguir el carácter representativo que la institución exige, se confía, en cambio, en mecanismos figurativos simples, que manejados con habilidad por los arquitectos se convierten en recursos de gran eficacia.

Así el cuerpo bajo, alargado, de las oficinas, con la suave pendiente de su cubierta y la disposición regular de sus huecos en la planta alta, se ofrece, desde el escorzo de la carretera, como cierre de la plaza. Perpendicularmente a él, algo distanciado y aprovechando sus cualidades de fondo visual, se proyecta el cuerpo principal con su fachada, tras la que se sitúan los locales más señalados.

Es precisamente la acertada disposición de los huecos de esta fachada, aproximando el balcón de la sala de sesiones a las ventanas rasgadas del zócalo y liberando por encima de él un gran hastial ciego, en el que se recorta con limpieza el luneto circular que ilumina el ático, lo que permite dar de pronto una escala distinta al edificio, acorde con su carácter público.

Situación bien distinta se presenta en el proyecto para la vivienda en la Cruz del Rayo. Aquí se trata de una remodelación de antiguas construcciones que permite a los arquitectos recuperar lo que presenta su mayor atractivo: la amalgama de volúmenes diversos, yuxtapuestos unos con otros, sin más aparente orden que el casual de ir resolviendo en el tiempo necesidades distintas. La arquitectura saca partido de ello, afirmando aspectos concretos que se resuelven con formas netamente definidas, aislando mundos privados. De otro lado, los espacios destinados a usos de relación se disuelven en situaciones en las que el empleo de terrazas y pergolatos hacen difícil señalar el límite físico de la arquitectura, permitiendo de esa forma incorporar los patios exteriores a la vivienda. En el caso de la biblioteca de Zaragoza, el programa se reparte en dos edificios con funciones bien distintas: uno, más bajo, destinado a las salas generales, y otro, a modo de torre, dedicado a depósito de libros, quedando articulados entre sí por el cuerpo de

entrada. Parte fundamental del proyecto son las zonas de lectura, resueltas desde una geometría sencilla, nada intranquila ni forzada, como si se quisiera evitar con cuidado el poder alterar la serenidad que debe presidir un ambiente de estudio, y consiguiendo, sin embargo, espacios en los que el juego de galerías y vacíos anuncian posibilidades muy atractivas.

En otro campo de cosas, resalta la desinhibición con que se trata el tema de la estructura, evitando hacer de ella y de su relación con los paramentos un aspecto de mayor importancia en el proyecto y reduciéndola, en una postura polémica respecto a lo moderno, a su simple función como sistema sustentante. Facilidad en la distribución, buena resolución de las circulaciones y claridad en la disposición de espacios, todo ello cualidades destacadas del proyecto. Como lo es el intento de aprovechamiento de un solar, que ya se ve escaso (nótese en lo forzado del acceso), pero en el que se han explotado al máximo, mediante desniveles y patios rehundidos, las posibilidades de dar iluminación natural al mayor número de locales.

Por último, el proyecto para la facultad de farmacia de la Universidad de Alcalá de Henares, una actuación con otros problemas de escala y de implantación, más señalados por la falta de caracterización del campus en que se ubica.

Aprovechando las posibilidades del programa, se disponen los tres cuerpos de laboratorios de manera seriada y repetitiva, atados por una galería central que rehúye tomar el protagonismo de eje compositivo, como se ve en la posición lateral de las escaleras o en la falta de énfasis de su remate.

De otra parte, el edificio donde se sitúan las aulas y servicios comunes queda ligeramente desplazado, atendiendo la situación del acceso principal en uno de los lados menores. Aquí es donde la disposición espacial se hace más interesante, gracias al juego permitido por la inclinación del piso de las aulas que en las situadas paralelas a fachada alterna, con una solución cruzada, las de una y otra planta, mientras la pendiente del aula magna queda compensada con la contraria de la rampa que, desde la entrada, conduce al vestíbulo. Esta va a ser precisamente la pieza encargada de articular el recorrido de acceso con la galería de los laboratorios y la escalera principal que conduce a los pisos superiores. Una articulación que, al recoger con naturalidad las diferentes circulaciones, sin concesiones sofisticadas, conformándose aparentemente como resultado de la ocupación de los espacios próximos, presenta esa falta de artificiosidad que, en resumen, se nos ofrece por sus autores como punto de partida desde el que abordar los problemas de arquitectura.

José Barbeito